



Día 7: Liberar del cautiverio

Éxodo 1:15-2:15

¹⁵Y habló el rey de Egipto a las parteras de las hebreas, una de las cuales se llamaba Sifra, y otra Fúa, y les dijo: ¹⁶Cuando asistáis a las hebreas en sus partos, y veáis el sexo, si es hijo, matadlo; y si es hija, entonces viva.¹⁷Pero las parteras temieron a Dios, y no hicieron como les mandó el rey de Egipto, sino que preservaron la vida a los niños.¹⁸Y el rey de Egipto hizo llamar a las parteras y les dijo: ¿Por qué habéis hecho esto, que habéis preservado la vida a los niños? ⁹Y las parteras respondieron a Faraón: Porque las mujeres hebreas no son como las egipcias; pues son robustas, y dan a luz antes la partera venga a ellas.²⁰Y Dios hizo bien a las parteras; y el pueblo se multiplicó y se fortaleció en gran manera.²¹Y por haber las parteras temido a Dios, él prosperó sus familias.²²Entonces Faraón mandó a todo su pueblo diciendo: Echad al río a todo hijo que nazca, y a toda hija preservad la vida.²¹Un varón de la familia de Leví fue y tomó por mujer a una hija de Leví,²la que concibió y dio a luz un hijo; y viéndole que era hermoso, le tuvo escondido

tres meses.³ Pero no pudiendo ocultarle más tiempo, tomó una arquilla de juncos y la calafateó con asfalto y brea, y colocó en ella al niño y lo puso en un carrizal a la orilla del río.⁴ Y una hermana suya se puso a lo lejos, para ver lo que le acontecería.⁵ Y la hija de Faraón descendió a lavarse al río, y paseándose sus doncellas por la ribera del río, vio ella la arquilla en el carrizal, y envió una criada suya para que la tomase.⁶ Y cuando la abrió, vio al niño; y he aquí que el niño lloraba. Y teniendo compasión de él, dijo: De los niños de los hebreos es éste.⁷ Entonces su hermana dijo a la hija de Faraón: ¿Iré a llamarte una nodriza de las hebreas, para que te críe este niño?⁸ Y la hija de Faraón respondió: Vé. Entonces fue la doncella, y llamó a la madre del niño,⁹ a la cual dijo la hija de Faraón: Lleva a este niño y críamelo, y yo te lo pagaré. Y la mujer tomó al niño y lo crió.¹⁰ Y cuando el niño creció, ella lo trajo a la hija del faraón, la cual lo prohibió, y le puso por nombre Moisés, diciendo: Porque de las aguas lo saqué.¹¹ En aquellos días sucedió que crecido ya Moisés, salió a sus hermanos., y los vio en sus duras tareas, y observó a un egipcio que golpeaba a uno de los hebreos, sus hermanos.¹² Entonces miró a todas partes, y viendo que no parecía nadie, mató al egipcio y lo escondió en la arena.¹³ Al día siguiente salió y vio a dos hebreos que reñían; entonces dijo al que maltrataba al otro: ¿Por qué golpeas a tu prójimo?¹⁴ Y él respondió: ¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros? ¿Piensas matarme como mataste al egipcio? Entonces Moisés tuvo miedo, y dijo: Ciertamente esto ha sido descubierto.¹⁵ Oyendo Faraón acerca de este hecho, procuró matar a Moisés; pero Moisés huyó de delante de Faraón, y habitó en la tierra de Madián.

Se trata aquí de una narración de resistencia, de la historia de una casta de mujeres que maniobraron dentro de un sistema opresivo para luchar por la liberación de la esclavitud. Estas mujeres desempeñan un papel esencial. El texto las presenta como “desafiadoras de la opresión... dadoras de vida... sabias e imaginativas”¹.

Las parteras

Éxodo 1:15-22: El texto comienza con la historia de las parteras, segunda fase del plan faraónico para intensificar el exterminio del pueblo israelita que se “multiplicó y se fortaleció mucho” más que los egipcios (Ex 1:9). El abuso social y físico de los israelitas no logró reducir su número. El Faraón manda a llamar a las parteras Sifra y Fúa. Las dos mujeres que se mencionan por nombre comparecen ante un rey paranoico, cuyo nombre se silencia. Los autores

del texto, deseosos de apresurar la aparición de Moisés, narran en unos pocos versículos el episodio de las dos parteras que se negaron a obedecer las órdenes del Faraón de matar a los hijos recién nacidos de Israel. Con ello contrarían al opresor.

Cuando se les instruye que maten a los hijos recién nacidos de Israel, las dos parteras no responden palabra. Continúan cumpliendo con su función de asistir a las mujeres en el parto de nueva vida. Muy poco se sabe de estas mujeres: su nacionalidad, su fe o piedad. ¿Son “parteras egipcias de los hebreos” o “mujeres hebreas” que ejercen como parteras para las hebreas? Sean egipcias o hebreas, se niegan a actuar como agentes de muerte, aun cuando la orden había sido dada por el propio Faraón. ¿Pero por qué? El texto dice que temían *ha elohim*, a los dioses (Ex 1:17). ¿Es el dios que temían el Dios de los hebreos? ¿O simplemente temen la divinidad en general? ¿Están prote-

giendo a su propio pueblo o están asumiendo la causa de una comunidad que no es la suya propia? Quienquiera que sean y cualesquiera sean sus motivos, el hecho es que se niegan a intimidarse ante los poderes establecidos, los cuales pretendían que convirtieran el nacimiento en muerte.

Cuando las convocan a palacio por causa de su desobediencia, las parteras simplemente se encogen de hombros: Las mujeres hebreas no son como las mujeres egipcias, ya que son vigorosas y dan a luz antes de que lleguen las comadronas. Su respuesta es ingeniosa. Primero, daban por sentado que el Faraón varón sabría poco sobre la experiencia de las mujeres. Además, el Faraón titubeó en interrogarlas más a fondo, posiblemente por temor a dejar en descubierto su ignorancia.

Segundo, la respuesta parecía haber sido atractiva para las tendencias racistas del Faraón, la mentalidad de “nosotros vs ellos”. Ellas declaran que estas mujeres hebreas no son como las egipcias. Son *hayot*, “como animales”, que no necesitan parteras. Las parteras dan a entender que las mujeres hebreas sólo sirven para parir, y por eso dan a luz antes que lleguen las comadronas. La información confirma las sospechas de Faraón en el sentido de que los hebreos son diferentes, y eso le complace.²

Tercero, también afirman lo que el Faraón no quiere oír. Las mujeres hebreas son, aseguran ellas, *hayot*, que también se traduce por “llenas de vida”.

“Están en la tradición de Eva, madre de los seres vivos. Estas madres están tan llenas de vida que ni siquiera un Faraón mercader de la muerte puede apagar su fuerza. Y desde luego ¡el Faraón no puede competir con el poder maternal!”³

Dios no les habla desde una zarza ardiente. Su acción está orientada explícitamente por

¿De dónde sacan estas mujeres su sentido de responsabilidad?

su temor a los dioses, implícitamente por un respeto innato a la vida y de amor por las criaturas. No tienen autoridad para enfrentarse directamente al Faraón, ni fuerzas para hacerle exigencias, ni poder para invocar plagas sobre él. Simplemente lo soslayan. Lo superan en la maniobra, apelando a su ignorancia y a sus prejuicios. Su callada rebelión les hace ganar tiempo para la prole hebrea. Nacen más criaturas, las cuales prosperan. Dios recompensa los empeños de las parteras y las bendice con familias propias.

Finalmente, sin embargo, el Faraón vuelve al ataque, en esta ocasión asignando a todos los egipcios la tarea del infanticidio contra la gente hebrea. En este contexto depravado nace el niño Moisés.

Jocabed, Miriam y la hija de Faraón

Exodo 2:1-10: La callada resistencia y la intriga, los riesgos y el proceso de liberación iniciados por las parteras son llevados adelante por otras mujeres. Después de su nacimiento, su madre Jocabed (Ex 6:20) observó que era un niño excelente, de modo que lo escondió. Cuando ya no pudo tenerlo oculto, le preparó una canasta y lo colocó entre los juncos del Nilo. Al hacer esto, paradójicamente estaba siguiendo las órdenes de Faraón. Sin embargo, el río resulta una fuente de salvación en lugar de muerte. Seguro en una canasta a prueba de agua, cuidado por su hermana, el niño es colocado entre los juncos de la ribera del río.

Jocabed probablemente tenía algún conocimiento de que podría ocurrir algo significativo. De ahí que instruye a la hermana de Moisés a fin de que observe “para ver lo que le acontecería” (Ex 2:4). Muy pronto la hija de Faraón y su séquito bajaron al río para bañarse. La hija de Faraón no se baña en cualquier lugar del río. Jocabed sabía dónde solía bañarse y colocó la canasta con Moisés en un lugar estratégico, con la esperanza de que la princesa lo hallara. En cierto modo, Jocabed pone la suerte del niño a los pies de la hija

de Faraón, intuyendo, esperando y confiando de alguna manera que esta hija del Faraón no sería capaz de llevar a cabo la cruel política de su padre.

Su acto de arrojo paga dividendos. La hija de Faraón observa al niño, oye su llanto y se llena de compasión. Sabe perfectamente que el niño es hijo de una hebrea. Sin embargo, ella

representa una compasión que trasciende los sentimientos naturales de lástima por un niño que llora; se trata de compasión por alguien a quien reconoce como hijo del enemigo, un niño hebreo⁴.

Cuando queda claro que parece estar dispuesta a responsabilizarse por la criatura, se presenta Miriam y ofrece hallarle una nodriza que lo amamante. ¡Le trae a Jocabed para que lo amamante!

Sería iluso pensar que la hija de Faraón no estaba consciente de lo que sucedía. Es más plausible pensar que reconoció calladamente el empeño que se estaba haciendo para salvar al niño de la muerte. Los actos de esta mujer no israelita se presentan en directo paralelismo con los del Dios de Israel: “baja”, “ve” al niño, “oye” su llanto, le tiene lástima, lo saca del agua, y le suple sus necesidades diarias” (cf. Ex 3:7-8).⁵ Pronto Dios hace por Israel lo que ella hace por Moisés.

“La hija del Faraón se alinea con las hijas de Israel. Se rompe la fidelidad filial; se cruzan líneas de clase; se trascienden diferencias políticas”.⁶

Así fue como su propia madre amamantó al niño Moisés, aunque la princesa egipcia lo

adoptara. En todo este episodio, cuando buscamos el acto providencial de Dios, no lo encontramos en alguna intervención divina directa, sino como producto de la sagacidad e ingeniosidad de estas mujeres. El nacimiento de Moisés y su rescate de la muerte se deben a las acciones de mujeres.

Con el correr de los años, Moisés llegó a ser un joven príncipe en medio del poder, pompa y lujo del palacio. La gente con la que tenía vínculos de sangre vivían en la esclavitud, mientras que Moisés vivía en el lujo.

Moisés: de príncipe a fugitivo

Éxodo 2:11-15: Se supondría que Moisés se quedara en ese mundo confortable y exclusivo. Lo habían criado y educado para ser un egipcio, miembro de la clase gobernante, y hubiera sido de mucha ventaja para él mantener esa posición.

Sin embargo, llegó el día en que Moisés “salió a visitar a sus hermanos” y “los vio en sus duras tareas” (Ex 2:11). Aquí el vocablo “ver” se utiliza en un modo verbal que significa que “se le hizo ver” a Moisés. ¿Estuvo Dios detrás de este aparente y repentino reconocimiento del infortunio de los hebreos? ¿Seguro que debe de haberse aventurado antes y debe de haber visto la forma en que eran tratados los hebreos! Algo sucedió en su interior que lo hizo “ver” y actuar. Al observar que uno de los supervisores egipcios maltrataba a uno de su pueblo, un pariente consanguíneo, acometió en justa ira y mató al supervisor. Con este acto de impetuoso, pero dislocado, idealismo, el príncipe se volvió fugitivo.

Es difícil decir cuál habría sido la suerte de los israelitas si Moisés no hubiera tenido un sentido tan fuerte de justicia. ¿Podría ser que su madre, mientras lo alimentaba, e contara sobre la esclavitud de los hebreos bajo la dominación egipcia, y acerca del Dios de los hebreos? ¿Es posible que le haya hablado del día de liberación de la servidumbre que efectuaría un dirigente bajo la guía de su Dios? Probablemente le cantó

¿Cómo llega una persona nacida para el privilegio a obsesionarse con un sentimiento de justicia? ¿De dónde sacó Moisés un sentimiento de justicia de tanta envergadura que lo impulsó a levantarse en ira justa? ¿Por qué sus nexos de sangre con los hebreos eran más significativos que sus obvios y cotidianos vínculos con el trono y el poder egipcios?⁷

cánticos de fe; y que, al hacerlo, sembró en su alma, con palabras y ritmo, el orgullo de un pueblo y la gloria de su fe en Dios”⁸.

Aparte de su madre biológica, su madre de adopción también eludió la orden del Faraón y lo salvó de la muerte. También ella pudo haber inculcado en él un respeto por la vida, la justicia y los derechos humanos. No sabemos cuán estrecha pudo haber sido su vinculación con su hermana, mientras vivió en palacio, pero también ella pudo haberle hablado algo sobre los hebreos, su historia y su Dios.

Como quiera que sea, Moisés parece haber recibido la influencia de su familia, tanto la natural como la adoptiva. Le inculcaron un sentido de justicia y aprecio por la vida. Estas lecciones innatas salieron a la luz cuando vio que azotaban al esclavo hebreo.

Qué se puede aprender de este texto

- La liberación se logra por medio de empeños conjuntos. Debemos reconocer la dimensión colectiva de la lucha y los esfuerzos por superar la opresión. Las mujeres, a quienes se

presta demasiada poca atención, tienen maneras de desafiar la opresión para efectuar la liberación.

- Para lograr la verdadera liberación, es preciso trascender barreras de casta, clase, religión, raza y sexo.
- Hay que dar espacio a la intuición, o a lo que puede no parecer lógico, pero que es inherente al propio ser de la persona. Dios nos habla muchas veces por la simple bondad que se manifiesta en diferentes personas. Esa bondad, y la índole de la relación, nos hacen escuchar y aprender de una manera que es mucho más profunda que la pura lógica.
- No hay una estrategia simple o pura para lograr la liberación. Es preciso que seamos ingeniosos y sabios para discernir la estrategia más conveniente, aun cuando esto signifique maniobrar dentro del sistema opresor.

Monica Melanchthon

¿Cuáles son algunas de las luchas de liberación en tu medio? ¿Qué contribución están haciendo las mujeres a la lucha por la libertad? ¿De qué manera han estorbado la lucha por la liberación problemas de raza, clase, sexo o casta? En tu contexto, ¿de qué dispositivos se valen las comunidades en su lucha? ¿De dónde o de quién derivamos nuestro propio sentido de justicia, en especial quienes llevamos vidas de privilegio y oportunidad?

Notas

¹ J. Cheryl Exum, "You shall let every Daughter Live": A Study of Ex 1:8-2:10," *Semeia* 28 (1983), pág. 82.

² Dana Nolan Fewell y David M. Gunn, *Gender, Power, & Promise: The Subject of the Bible's First Story* (Nashville: Abingdon, 1993), pág. 92.

³ *Ibid.*

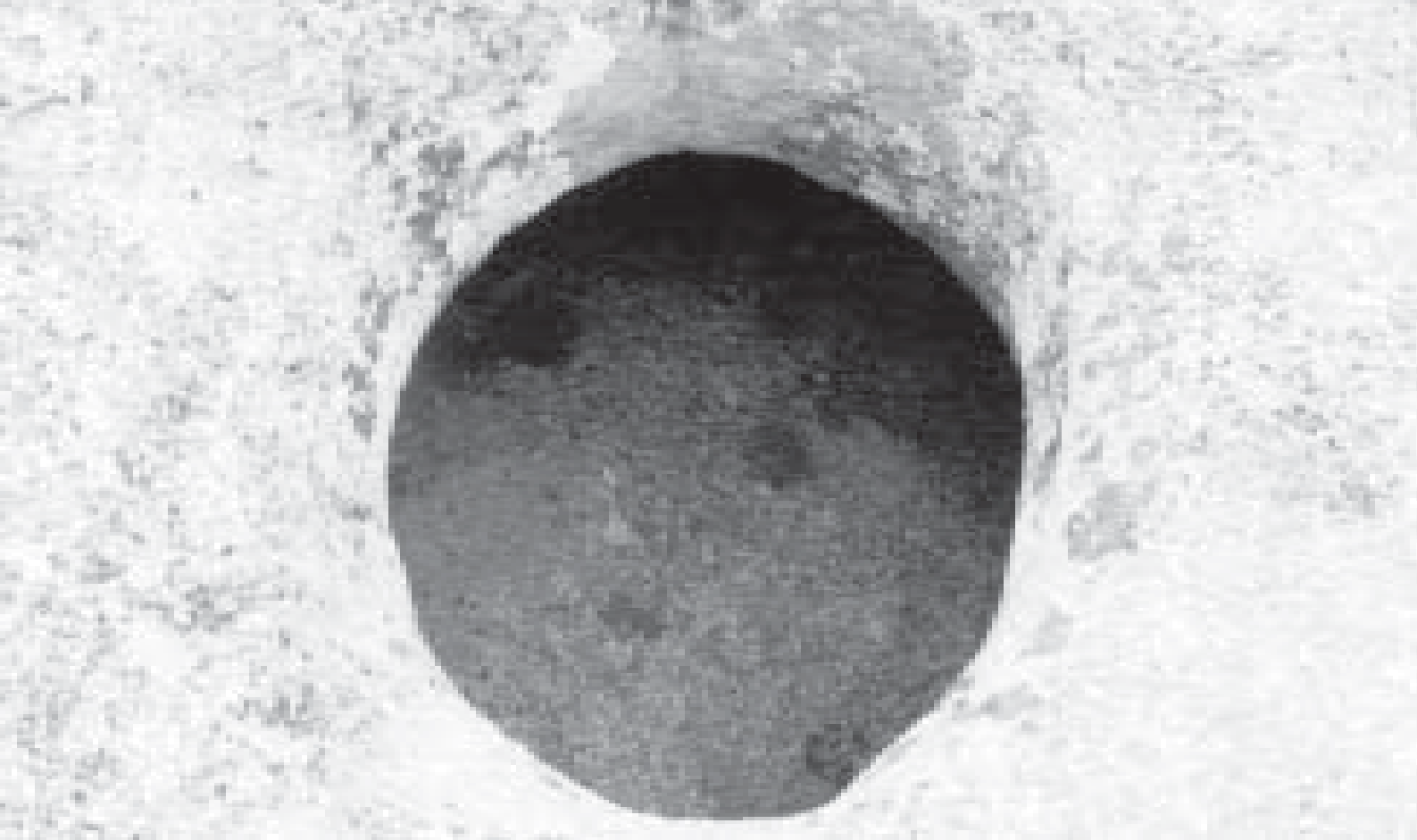
⁴ Eileen Schuller, "Women of the Exodus in Biblical Retellings of the Second Temple Period," en Peggy Day (editora), *Gender and Difference in Ancient Israel* (Mineápolis: Fortress Press, 1989), pág. 179.

⁵ Terence Fretheim, *Exodus. Interpretation.* (Louisville: John Knox Press, 1991), pág. 38.

⁶ Phyllis Trible, "Feminist Hermeneutics and Biblical Studies," en Ann Loades (editor), *Feminist Theology: A Reader* (Londres: SPCK, 1990), pág. 26.

⁷ J. Ellsworth Kalas, "Because my Mother Told Me," en *Old Testament Stories from the Back Side* (Nashville: Abingdon, 1995), pág. 31.

⁸ *Ibid.*, pág. 32.



Lucas 8:26-39

²⁶Y arribaron a la tierra de los gadarenos, que está en la ribera opuesta a Galilea. ²⁷Al llegar él a tierra, vino a su encuentro un hombre de la ciudad, endemoniado desde hacía mucho tiempo; no vestía ropa, ni moraba en casa, sino en los sepulcros. ²⁸Este, al ver a Jesús, lanzó un gran grito, y postrándose a sus pies exclamó a gran voz: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego que no me atormentes. ²⁹(Porque mandaba al espíritu inmundo que saliese del hombre, pues hacía mucho tiempo que se había apoderado de él; y le ataban con cadenas y grillos, pero rompiendo las cadenas, era impelido por el demonio a los desiertos.) ³⁰Y le preguntó Jesús, diciendo: ¿Cómo te llamas? Y él dijo: Legión. Porque muchos demonios habían entrado en él. ³¹Y le rogaban que no los mandase ir al abismo. ³²Había allí un hato de muchos cerdos que pacían en el monte; y le rogaron que los dejase entrar en ellos; y les dio permiso. ³³Y los demonios, salidos del hombre, entraron en los cerdos; y el hato se precipitó por un despeñadero al lago, y se ahogó. ³⁴Y los

que apacentaban los cerdos, cuando vieron lo que había acontecido, huyeron, y yendo dieron aviso en la ciudad y por los campos.³⁵Y salieron a ver lo que había sucedido; y vinieron a Jesús, y hallaron al hombre de quien habían salido los demonios, sentado a los pies de Jesús, vestido, y en su cabal juicio; y tuvieron miedo.³⁶Y los que lo habían visto, les contaron cómo había sido salvado el endemoniado.³⁷Entonces toda la multitud de la región alrededor de los gadarenos le rogó que se marchase de ellos, pues tenían gran temor. Y Jesús, entrando en la barca, se volvió.³⁸Y el hombre de quien habían salido los demonios le rogaba que lo dejase estar con él; pero Jesús le despidió, diciendo: ³⁹Vuélvete a tu casa, y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios contigo. Y él se fue, publicando por toda la ciudad cuán grandes cosas había hecho Jesús con él.

Libranos del mal: el combate por la dignidad humana

Se trata de una historia embarazosa. La descripción gráfica de un endemoniado, la pugna entre Jesús y el demonio Legión, y la horrible suerte de una numerosa piara de cerdos: todo esto está descrito de tal manera que pasa los límites usuales de los relatos evangélicos sobre curaciones de Jesús. Tiene un sabor a espectáculo ostentoso, evocando tanto temor como júbilo. Aquí no nos encontramos con la suave compasión de manos sanadoras; aquí estamos ante la curación como combate. Se trata de demostrar quién por fin está completamente al mando de un mundo constantemente amenazado por el caos y por fuerzas destructivas. ¿De qué poder se trata? ¿El poder de quién es?

Habiendo dominado la tormenta y las furiosas olas (Lc 8:22-25), Jesús se traslada a la ribera en territorio de los gadarenos. Se identifica la localidad, pero no es posible ubicar el lugar a ciencia cierta. ¿No podría ser en cualquier lugar y en

todos los lugares? Eso no es posible. Jesús se ha trasladado “a la ribera opuesta”. Muy probablemente se encuentra en suelo pagano, es decir no judío. En vista de que los cerdos son animales inmundos para los judíos, la presencia de una numerosa piara de cerdos, que se alimentan en las colinas, no sería posible en el ámbito judío. Así pues, al cruzar al otro lado del mar, Jesús arriba al país de “los otros”.

Habiendo calmado los poderes amenazantes del rugiente mar y el temor de sus discípulos, esta calma desaparece tan pronto como pone sus pies en tierra. La primera persona que le sale al encuentro está sin ropas, un hombre salvaje y vociferante. Está poseso, o como dice el texto de una manera más bien peculiar, tiene un demonio. Se hace una distinción entre el propio hombre y el demonio. Lucas nos informa que se trata de “un hombre de la ciudad”. Pertenece al lugar, pero se ha alienado de él. Su existencia transcurre en la periferia, e incluso fuera de la comunidad humana. Vaga desnudo entre las tumbas o es empujado al desierto; lugares que

¿Hay en tu comunidad personas como este hombre? ¿Cómo se relacionan con ellas el resto de la gente?

los seres vivientes evitan, donde se dice que andan errantes los demonios. La posesión lo había despojado de todo lo que alguna vez había tenido. Y, sin embargo, a pesar de su enajenación y conducta delirante, sigue siendo un ser humano, “un hombre de la ciudad”.

Es sorprendente que el poder de Jesús de exorcizar u ordenar al espíritu inmundo que salga del hombre no es tema conspicuo en la historia. Se menciona casi parentéticamente en el versículo 29. El diálogo o confrontación entre Jesús y el demonio se refiere a las condiciones de rendición de éste: ¿A dónde se le permitirá ir al espíritu inmundo?

En la negociación entre Jesús y el demonio desempeña un papel importante la revelación de nombres. A esto subyace una creencia popular, y la premisa fundamental de la magia, de que existe un fuerte nexo entre el ser espiritual y su verdadero nombre. Se logra tener dominio sobre un espíritu al conocer y utilizar su nombre. Se maneja poder al conocer el nombre; pronunciar el nombre constituye una arma efectiva. En los relatos de curaciones por parte de Jesús los demonios a menudo conocen su verdadero nombre y revelan quién es. En general están en lo cierto; dicen la verdad. Podría sonar raro que las mismas palabras sean una proclamación de fe en boca de una persona creyente, mientras que por otro lado pueden ser una amenaza demoníaca y servir para una maldición. ¿Cómo se puede saber a ciencia cierta cuál es cuál?

En la presente historia, los demonios tratan de dominar a Jesús pronunciando su nombre. Pero cuando se les pregunta por su propio nombre, los demonios tratan de distraer a Jesús indicando su cantidad o un seudónimo que implica número: Legión. Legión es una palabra que proviene del latín. La unidad militar romana denominada *legio* consistía de entre cuatro y seis mil soldados. ¿Indica el nombre del demonio no sólo un número, sino un significado o clave política antirromana? ¿Es

¿Qué poder tiene pronunciar el nombre en tu cultura?
¿Cómo se consideran en tu sociedad los demonios o fuerzas demoníacas? ¿En tu iglesia? ¿Cuáles son las implicaciones si hablamos de fuerzas del mal o utilizamos este tipo de lenguaje con respecto a otras personas y movimientos?

el demonio en realidad el ejército romano, un ejército que mantiene a la gente bajo ocupación y servidumbre? ¿Se trata aquí de una historia de liberación de la opresión política y social? Ha llegado en efecto el tiempo para que sean libertados los cautivos, para que los oprimidos queden libres, como proclamó programáticamente Jesús en su primer discurso público (Lc 4)? Aunque sea difícil detectar una afirmación política incrustada en el nombre Legión, no hay que descartar esta asociación de ideas. Pero puede ser que se trate de una lectura convenientemente nítida, desmitificada, suponiendo que se suprimen los demonios y se remplazan por entidades políticas y sociales que luego asumen características demoníacas.

En el curso del relato, se explica el nombre “Legión” en el versículo 30 como cuestión de número. No se trata de sólo un demonio, sino de una multitud. Dejarlos sueltos podría tener un resultado potencialmente devastador, y hay que manejarse con cuidado. Los demonios reconocen su derrota por tener que salir del hombre, y ruegan no ser atormentados: que Jesús “no los mandara al abismo”. En la versión de la historia en Marcos (Mc 5:1-20) los demonios temen ser mandados fuera de la región, pero Lucas les hace temer que van a ser despachados al lugar de origen, el abismo donde están confinados los espíritus (cf. Ap 11:7; 17:8 y 20:3).

La imagen proviene de la traducción griega del vocablo hebreo *tehom* o “la sima”, el mar bajo la tierra donde viven los monstruos. Este era el símbolo del amena-

¿Qué significa para ti que Jesús tenga dominio sobre “el abismo” en tu vida o en tu mundo?

zante caos y desorden, que son mantenidos bajo control constante por el Creador. En tiempo de tormenta todo mar puede convertirse en ocasión para este drama recurrente. Por lo tanto, la combinación de las dos historias, el apaciguamiento de la tormenta y la cura del endemoniado gadareno, no es simple cuestión de narrativa o de cambio de escenario, para trasladar a Jesús de un lado al otro del lago. De la primera historia ya se sabe que los vientos y las aguas obedecen a Jesús: él tiene el mando incluso del abismo.

Aparentemente, Jesús permite que la multitud de demonios permanezca en el lugar y, conforme al deseo de ellos mismos, los espíritus impuros entran en una numerosa piara de animales impuros. Podríamos tener lástima de los cerdos, o solazarnos en el aspecto humorístico de la historia. Los demonios van a parar donde quieren ir, pero su efecto sobre los puercos es de tal índole que de todos modos terminan en aguas profundas. Jesús en realidad los embauca.

Con los demonios a buen recaudo, Jesús restaura el debido orden; mantiene al mundo ordenado en su lugar. El hombre desnudo y vociferante, más cerca de los muertos que de los vivos, está ahora “vestido y en su cabal juicio”. El vocablo griego *sofrosyne* (que se traduce aquí “en su cabal juicio”) se refiere a la sobriedad y la clarividencia. Esta virtud grecorromana de dominio propio se tenía en muy alta estima. El hombre es restaurado a sus cabales y a la comunidad humana. Llega a ser lo que se

esperaba que fuera: “un hombre de la ciudad”. Su dignidad como ser humano se pone una vez más de manifiesto para que todas las personas lo vean y reconozcan.

Al comenzar a difundirse la espectacular noticia, la gente de la localidad no se regocija. Están asustadas, tan asustadas que le piden a Jesús que se retire. Se ha perdido una numerosa piara y hay poderes en acción que son peligrosamente fuertes y aparentemente incontrolables. La ciudad no está dispuesta a aceptar que la cura de este hombre y su restauración a la ciudad fuera beneficiosa y positiva para ninguna otra persona más que para él mismo. ¡Con razón quiere quedarse con Jesús! Pero Jesús le pide que se vaya, indicándole que regrese a casa.

En un lugar cargado de medrosa hostilidad, el hombre de quien ha sido expulsado el demonio es llamado para ser testigo de las buenas acciones de Dios mediante el procedimiento de contar su propia experiencia. Una historia de curación, termina siendo una historia de misión. Tal vez en un principio se transmitió esta historia para explicar cómo se había establecido en ese lugar una comunidad cristiana. Repetían y explicaban siempre de nuevo cómo el evangelio había sido proclamado originalmente en su medio por un endemoniado, el cual en dramáticas circunstancias había sido restaurado por Jesús a su plena dignidad y participación humana. Esto es lo que Dios puede hacer.

Turid Karlsen Seim

Cuando alguna persona es restaurada en su salud, por ejemplo cuando ha sufrido de una enfermedad mental, ¿hasta qué punto hay disposición de recibirla de vuelta en la comunidad?